

cracia, en la oligarquía, en la monarquía y en toda especie de gobierno, que nadie puede agrandar desmesuradamente su fortuna sin que las magistraturas se resientan, pues son pocos los hombres que soporten la prosperidad.

8. — Importa pues que se impida por ley a todo ciudadano el hacerse demasiado poderoso por su influencia, por sus amigos o por su fortuna, o bien mandarlo a ostentar su lujo en el extranjero. Sin embargo, como las innovaciones se introducen también por las costumbres de los particulares, es bueno que haya una magistratura encargada de vigilar a los ciudadanos cuyo género de vida no se ajuste al sistema de gobierno, es decir, a la democracia en el gobierno popular, a la oligarquía en el gobierno oligárquico y así a cada una de las otras formas de gobierno. También es útil por las mismas causas ponerse en guardia contra los que viven en el seno de la abundancia, de la prosperidad y de la dicha; el remedio del mal es poner la dirección de la política y las magistraturas en manos de los partidos opuestos, a medida que sucedan unos a otros; entiendo por partidos opuestos, los hombres notables y la multitud, los ricos y los pobres. Es conveniente mezclar a los pobres con los ricos, o bien aumentar la clase media, pues ésta es la que puede conciliar disentimientos que se originan de la desigualdad.

9. — Pero lo más importante, sea cual fuere la forma de gobierno, es que todo esté ordenado por las leyes y por el conjunto de las instituciones, de manera que a los magistrados no les sea posible servirse de sus funciones en beneficio propio. Esto debe observarse principalmente en los gobiernos

oligárquicos, pues la multitud no se indigna tanto de verse excluida de las funciones públicas (más bien se alegra de esa exclusión que le permite dedicarse a sus quehaceres), como se irrita al pensar que los magistrados se enriquecen a su costa robando los fondos públicos, porque en tal caso tiene que lamentar dos cosas : no participar ni de los honores ni del provecho.

10. — De todos modos, habría una manera de unir la democracia y la aristocracia, lo que se lograría haciendo que los ciudadanos distinguidos y los otros tuvieran todo lo que desearan. El derecho para todos de poder llegar a las magistraturas es un principio democrático; no dar las magistraturas más que a los ciudadanos distinguidos es un principio aristocrático. Pues bien, cuando no sea posible enriquecerse en las magistraturas, los ricos no querrán ejercerlas sin provecho, pues preferirán atender a sus negocios propios, resultando que los pobres se harán ricos en el trabajo, porque no querrán enriquecerse a expensas del público, y no ambicionarán los empleos unos ni otros.

11. — Para que el tesoro público no sea dilapidado, es menester que el depósito de fondos se haga en presencia de todos los ciudadanos; que se pasen las cuentas a las comunidades, a las centurias y a las tribus; que la ley, en fin, conceda premios y honores a los que hayan ejercido sus cargos con desinterés. Pero en las democracias no hay que abusar de los ricos, y además de no recurrir al reparto de las tierras, es preciso no repartir siquiera sus productos como, sin que se advierta, viene haciéndose en algunos Estados. Lo mejor será prohibir a los ricos el encar-

garse, aunque quieran, de las fiestas y regocijos públicos, porque impondrían gastos muy considerables e inútiles, como las representaciones teatrales, carreras con antorchas y otros despilfarros del mismo género <sup>1</sup>.

12. — Pero si las democracias deben tener algunas contemplaciones con los ricos, las oligarquías no han de guardar menos consideraciones a los pobres; deben dejarles a éstos el goce de todas las funciones lucrativas, y si un rico ofende a un pobre debe castigarsele más severamente que si hubiera insultado a otro ciudadano rico. Las herencias no deben transmitirse por donación, sino por derecho de nacimiento; y se evitará que un mismo individuo recoja más de una herencia, para que no haya tanta desigualdad en las fortunas y se vaya reduciendo el número de pobres.

13. — También importa mucho, tanto en la democracia como en la oligarquía, distribuir los empleos con suma discreción, esto es, favoreciendo más a los que tengan menos parte en el gobierno, a los ricos en la democracia, a los pobres en la oligarquía, exceptuando las magistraturas supremas del Estado que no deben confiarse a los que no estén en posesión de todos los derechos políticos.

14. — Tres cualidades necesitan inexcusablemente los ciudadanos que hayan de desempeñar las altas magistraturas: la primera es que sean sinceramente adictos al gobierno; la segunda, que tengan probada

1. Es probable que fuera este pasaje el que Cicerón tuvo a la vista (*De Officiis*, lib. II, cap. XVI) cuando criticó el parecer de Teofrasto, muy amigo de estas profusiones, oponiéndole el juicio que tenía de ellas Aristóteles.

capacidad para desempeñarlas; por último, la tercera y tal vez más importante, que posean la virtud y la justicia más conformes a la forma de gobierno, pues claro está que si el derecho no es el mismo en todas las especies de gobierno, también serán diferentes las nociones de justicia. Es difícil encontrar reunidas en un solo hombre todas estas cualidades, por lo cual no es fácil escoger. Pongamos un ejemplo: si tenemos un hombre de capacidad política y de gran talento militar, pero vicioso, o que inspire sospechas al gobierno, y otro ciudadano adicto al gobierno y dechado de virtud, pero sin capacidad, ¿a cuál debe elegirse<sup>1</sup>?

15. — Es preciso considerar dos cosas: la calidad generalmente más común, y la que es más rara entre los hombres. Por eso, para el mando del ejército, se mira antes la pericia que la virtud, porque la virtud es más común que la pericia militar. Para guardar el tesoro debe hacerse lo contrario, porque hace falta que el tesorero tenga más virtud que la ordinaria, y la ciencia que ese cargo exige la tiene todo el mundo. Pero tenemos aquí la misma dificultad en la elección: aunque un hombre posea los conocimientos necesarios y la máxima virtud, ¿servirá para cargos administrativos? Porque si hay tantos hombres que no administran bien sus propios intereses, ya por negligencia, ya por vicio, ¿no descuidarían de igual manera los intereses públicos?

16. — En general, todo lo que citamos en las leyes como útil a los gobiernos, tiende a su conser-

1. No obstante su claridad, algunos comentadores opinan que ha sido alterada esta frase de Aristóteles.

vación. El punto fundamental es acordarse de lo que varias veces hemos dicho : que la parte de los ciudadanos que quiera el mantenimiento del Estado sea más fuerte que la parte demoleadora del mismo. Además, es conveniente no perder de vista el justo medio desconocido hoy en las Repúblicas al apartarse éstas de sus principios, pues hay instituciones democráticas u oligárquicas en apariencia, que minan y destruyen las democracias y las oligarquías.

17. — Los que imaginan haber encontrado la base única de todo gobierno, llevan las consecuencias muy allá; ignoran que la nariz, aun desviándose un poco de la línea recta (que es la más hermosa), puede ser aguileña o conservar en parte su hermosura; sin embargo, si la desviación es excesiva, perderá toda belleza y no tendrá ni apariencia de nariz por exceso de desproporción<sup>1</sup>. Aplíquese esta comparación a los gobiernos.

18. — Es posible que una oligarquía o una democracia, aun sin ser perfectas, se aproximen a la perfección o estén bien organizadas; pero si se exagera el principio fundamental de una o de otra, el gobierno será tan malo que no sea en realidad ni sombra de gobierno. Es necesario que el legislador y el hombre de Estado sepan cuáles son las instituciones populares que pueden salvar la democracia o perderla, y cuáles son las instituciones oligárquicas ventajosas o perjudiciales para la oligarquía. Ninguno de estos gobiernos puede subsistir sin algunos ricos y una multitud de pobres; pero si se estableciera la igual-

1. Aristóteles se sirve de esta misma comparación en su *Retórica*, lib. I, cap. iv.

dad de fortunas, cambiaría la forma de gobierno; al abolirse las leyes relativas a la preeminencia de una clase, quedaría necesariamente suprimido el gobierno de la misma clase.

19. — Es una falta política, y se comete en las oligarquías y en las democracias. En las democracias la cometen los demagogos, pues siendo la multitud la que hace las leyes hacen mal en combatir a los ricos dividiendo al Estado en dos fuerzas opuestas. Al contrario, debieran aparentar que se interesan por los ricos en las democracias, como por el pueblo en las oligarquías. Los oligarcas a su vez deben prestar un juramento contrario al que prestan hoy en diferentes ciudades : « Soy enemigo del pueblo y he de aconsejarle aquello que más le perjudique. » Les conviene hacer o fingir todo lo contrario, jurando en voz alta en esta forma : « Haré justicia al pueblo <sup>1</sup>. »

20. — Por lo demás, lo más importante de todo lo que hemos dicho, en cuanto a la estabilidad de los Estados, es la educación; quiero decir que ésta sea la más apropiada a la forma de gobierno <sup>2</sup>, pues las leyes más útiles, aun sancionadas por la aprobación unánime de todos los ciudadanos, de nada servirán

1. Opongamos al absurdo juramento de los oligarcas, el que prestaban los mozos atenienses al cumplir veinte años y ser alistados entre los defensores del Estado : « No deshonraré mis armas; no abandonaré al compañero, sea quien fuere, que esté cerca de mí; defenderé los templos y las cosas santas, solo o con muchos; no haré traición a la patria, sino que me esforzaré en hacerla más grande y más gloriosa; obedeceré a las leyes ahora establecidas y a las que en adelante sean sancionadas por el pueblo; si alguno se atreve a desobedecer las leyes o infringirlas, no lo consentiré, sino que juro defenderlas con los demás o solo.

2. Aristóteles estaba tan convencido de la importancia política de la educación, que le consagró una parte en los libros IV y VIII de esta obra.

si la educación y las costumbres no concuerdan con la constitución; las leyes han de ser populares en las democracias y oligárquicas en las oligarquías.

21. — Claro está que no es educación nacional la que enseña a practicar lo que quieren los partidarios de la oligarquía o los de la democracia, sino la que enseña a hacer lo que pueda asegurar la duración de la oligarquía o de la democracia. En nuestros días, los hijos de los gobernantes oligárquicos viven en la molicie, gozando de los placeres, en tanto que los hijos de los pobres se ejercitan en los trabajos más duros, de lo cual resulta que los últimos valen más que los primeros, se sienten más inclinados a intentar aventuras o establecer novedades y son más capaces también de realizar aquello que se propongan.

22. — Por otro lado, en las democracias que parezcan tener la constitución más popular hay un estado de cosas enteramente opuesto a lo que convendría; esto proviene de que se define mal la libertad. Se cree que los caracteres propios de la democracia no pueden ser otros que la libertad y la soberanía de la muchedumbre. El derecho es la igualdad, la expresión de la voluntad del pueblo es la soberanía; la libertad consiste en hacer lo que se quiere, la igualdad en que todos hagan lo que quieren, de tal suerte que en tales democracias cada cual vive a su antojo, como dice Eurípides. Error funesto, pues no hay humillación ni servidumbre en someterse a las necesidades del Estado. En pocas palabras, tales son las causas de perturbación y ruina para las Repúblicas; tales son los medios de salvarlas

## CAPÍTULO VIII

1. — Hemos de ver cuáles son para la monarquía las causas de su pérdida y los medios conducentes a su salvación. Desde luego, las observaciones que hemos hecho acerca de las Repúblicas son casi enteramente aplicables a las realezas y a las tiranías. La realeza tiene cierta analogía con la aristocracia, la tiranía es una mezcla de la oligarquía y la democracia llevadas al extremo. Por eso la tiranía es para los súbditos el más funesto de los sistemas, pues comprende todos los vicios de los otros dos.

2. — Ambas formas de la monarquía vienen de causas diametralmente opuestas. La realeza fué fundada para sostener a la clase pudiente contra las empresas de la multitud, nombrando rey al hombre más distinguido por la superioridad de su virtud, por la nobleza de sus acciones o por la fama y la gloria de su familia. El tirano, al contrario, sale del seno de la multitud; se le pone enfrente de los hombres poderosos para que el pueblo no tenga que sufrir violencias de los magnates. Los hechos lo demuestran.

3. — La mayor parte de los tiranos empiezan por demagogos. Atraen la confianza del pueblo a fuerza de calumniar a los hombres más visibles. Algunas tiranías se han formado así en Estados que han alcanzado ya algún crecimiento; otras, más antiguas, las formaron los mismos reyes, violando las leyes de su patria porque aspiraban a un poder despótico; también las hubo fundadas por hombres elegidos por sus conciudadanos para desempeñar las magistraturas

eminentes, allá en tiempos remotos. Por último, no han faltado tiranías que se establecieron en los gobiernos oligárquicos, cuando se escogía un ciudadano para confiarle a él solo toda la autoridad que dan las altas magistraturas, y con ella la soberanía.

4. — Gracias a estos recursos, todos los tiranos han podido fácilmente ejecutar sus designios; querer una cosa les bastaba, pues a unos les valía su dignidad de rey, a otros la consideración que debían a su magistratura. Testigo Fidón, en Argos<sup>1</sup>, y otros muchos en diferentes países que fundaron su tiranía sobre la realeza ya existente. Falaris<sup>2</sup> fué tirano, aunque no tuvo más que una simple magistratura. Y otros no habían sido más que demagogos antes de ser tiranos, como Panecio<sup>3</sup> en Leoncia; Cipselo<sup>4</sup> en Corinto; Pisistrato<sup>5</sup> en Atenas y Dionisio<sup>6</sup> en Siracusa.

5. — La realeza, pues, tiene las mismas bases que la aristocracia, como ya hemos dicho, pues se funda

1. Fidón, tirano de Argos, 860 años a. de Cristo; no debe confundirse con otro Fidón, legislador de Corinto.

2. Falaris, tirano de Agrigento; oriundo de Creta, había sido expulsado de su país por ambicioso; estableció en Agrigento, se hizo dueño del poder el año 566 a. de Cristo. Sus crueldades le hicieron tan odioso que sus súbditos le dieron muerte a pedradas.

3. Filósofo estoico, natural de Rodas; nació el año 190 a. de C. Primero estudió en Atenas, después abrió una escuela en Roma. Volvió a Atenas, donde murió nonagenario. Apenas quedan vestigios de sus obras.

4. Fundador de una dinastía que duró luengos años.

5. Tirano de Atenas y pariente de Solón. Fué usurpador y turbulento; feneció en 528 a. de C.

6. Dionisio el Viejo, el Tirano por antonomasia, era hijo de un siracusano obscuro. Fué soldado y se hizo proclamar caudillo a la edad de 25 años. Rechazó a los Cartagineses invasores de Sicilia, tomó ciudades, invadió a su vez la Italia continental y reinó hasta su muerte, ocurrida el año 368, a los 38 de reinado. Tuvo que sofocar revueltas y sediciones de sus súbditos, a los que se había hecho odioso por cruel. Gustaba de los filósofos, llamó a Platón a su corte y protegió a los poetas; él mismo hizo versos, pero malos.

en el mérito, en la virtud personal, en el nacimiento o en beneficios hechos y reconocidos. Todos los bienhechores de naciones o ciudades recibían en la antigüedad tan noble recompensa, como Codro<sup>1</sup>, que salvó al pueblo de la servidumbre; como Ciro<sup>2</sup>, que lo libertó; como otros muchos que fueron fundadores de Estados o de dinastías, o que los engrandecieron por medio de conquistas, como los reyes de los Lacedemonios, de los Macedonios y de los Molosos<sup>3</sup>.

6. — El rey debe ser el protector de sus súbditos; protege a los ricos de las injusticias y las depredaciones, a los pobres de los abusos y de los ultrajes. La tiranía, pues, es todo lo contrario de la monarquía, pues no se cuida del interés general sino de su utilidad particular. El objeto que se propone el tirano es darse gusto, el monarca legal busca el honor; aquél aspira a aumentar sus riquezas, éste a acrecentar su gloria. La guardia del rey la forman ciudadanos; la del tirano se compone de extranjeros.

7. — En la tiranía se reúnen los vicios todos de la democracia y los de la oligarquía. Tiene de la oligarquía su objeto principal, que es la riqueza, pues

1. Último rey de Atenas, de 1160 a 1132. Habiendo dicho el oráculo que en la guerra sostenida por los Dorios contra los Atenienses triunfaría el pueblo cuyo jefe muriera en un combate, Codro tuvo la abnegación de hacerse matar, sacrificándose voluntariamente por los suyos.

2. Rey de Persia, hijo de Cambises. Le debieron los Persas la independencia, después de haber estado mucho tiempo sometidos a la dominación de los Medas. Gobernaba a los Medas y a los Persas hacia el año 560 a. de Cristo.

3. Pueblo del Epiro, que constituyó un pequeño Estado constantemente gobernado por reyes descendientes de Pírrro, hijo de Aquiles. Fué una dinastía que reinó con gloria 900 años. Cuenta Plutarco, en la *Vida de Pírrro*, que este rey de Epiro convocaba anualmente una asamblea general en la que el pueblo y él juraban sujetarse a las leyes del país.

ésta es la que garantiza al tirano la fidelidad de sus satélites y la duración de sus placeres. Tiene asimismo de la oligarquía la desconfianza en el pueblo, y esta es la razón de que no se le den armas. Sistema común es, igualmente, de la tiranía y la oligarquía el molestar a los ciudadanos, ponerles trabas para todo, echarlos de la ciudad y dispersarlos. Pero también toma de la democracia la expoliación de los ricos, persiguiéndolos y mortificándolos por medios declarados o secretos, desterrándolos por rivales y por enemigos del poder; como lo son, en efecto, pues no cesan de tramar conjuras, unos por conquistar el poder, otros por no verse maltratados. De aquí el consejo dado a Trasíbulo<sup>1</sup> por Periandro<sup>2</sup>, aquella nivelación de las espigas cortando todas las que sobresalieran, con lo que le daba a entender que debía acabar con todos los ciudadanos que descollaran sobre los demás, haciéndolos perecer.

8. — Debe reconocerse por lo tanto que el principio y causas de las revoluciones en las repúblicas y en las monarquías son casi idénticos. El temor, las injusticias y el menosprecio determinan a menudo conspiraciones de los súbditos contra la monarquía; en lo tocante a injusticias, las que los llevan a conspirar suelen ser los insultos y las expoliaciones. Por lo demás, el objeto es el mismo en uno y otro lado, en la tiranía y en la monarquía; la magnitud de las riquezas y el brillo de los honores constituyen la ambición de los monarcas y la ambición de todos.

9. — Se conspira a veces contra la persona del

1. General ateniense, cuya vida está escrita por Cornelio Nepote

2. Tirano de Corinto. No debe confundirse con el sabio de igual nombre. — Véase en este mismo libro el cap. VIII, § 4.

príncipe y a veces contra el poder: Las conspiraciones contra la persona tienen por causa los ultrajes recibidos, y como los hay de varias clases, cada una es causa particular de agravio y resentimiento. La mayor parte de los resentidos conspiran por vengarse y no por apoderarse del gobierno. Tal fué la suerte de los hijos de Pisistrato : habían ultrajado a la hermana de Harmodio, quien se resintió vivamente de la injuria; quiso defender a su hermana, y se puso de su parte Aristogitón, dispuesto a defenderlo. El resultado fué una confabulación que derribó del poder a Periandro<sup>1</sup>, tirano de Ambracia, que en una orgía los insultó gravemente.

10. — La conjuración de Pausanias<sup>2</sup> contra Filipo II, rey de Macedonia, provino de que el rey no quiso castigar a Atalo que le había ofendido. La historia está llena de conspiraciones contra monarcas infames.

11. — Recuérdese el caso de Crateo contra Arquelaos, rey de Macedonia, de quien era uno de los cortesanos. El príncipe le había hecho la promesa de darle una de sus hijas, y no cumplió su promesa. Pero se cree que el verdadero motivo de la venganza de Crateo fué la indignación que le causaban los repugnantes amores de Arquelaos.

12. — Helanocrates<sup>3</sup>, de Larisa, entró en la cons-

1. No se confunda a Periandro, tirano de Ambracia, con Periandro, el tirano de Corinto. Aristóteles nos ha dado a conocer el consejo que Periandro de Corinto le dió a Trasíbulo (véase el lib. III, cap. VIII, § 3), así como la duración de su reinado y otros pormenores.

2. Como Pausanias, personaje de la corte de Filipo, no consiguió que el rey castigara a su ofensor, asesinó al rey en pleno teatro el año 316 a. de C. Fué condenado a muerte y ejecutado.

3. Este personaje no es conocido más que por esta cita de Aristóteles.

piración de Crateo por la misma causa. Como Arquelao había abusado de su juventud y no cumplía sus promesas, comprendió que la intimidación del rey, lejos de probarle un verdadero afecto, no tenía más objeto que ultrajarlo. — Parrón<sup>1</sup> y Heráclides<sup>2</sup>, los dos de Aenos<sup>3</sup>, mataron a Cotis<sup>4</sup> para vengar la muerte de su padre. Y Adamas<sup>5</sup> abandonó el partido del mismo Cotis, en venganza de una mutilación que le había hecho en su infancia.

13. — Hay muchos también que, irritados por malos tratos y golpes recibidos, se vengan matando o, a lo menos, intentando matar, a los reyes o a los magistrados. Es lo que sucedió en Mitilene, donde Megacles, ayudado por sus amigos, exterminó a los Pentálides que recorrían las calles matando gente. Y Esmerdis<sup>6</sup> mató a Pentilus<sup>7</sup> que le había pegado.

14. — Es crecido el número de personajes que han sido asesinados o han estado expuestos a conjuraciones por causas parecidas. Pero el temor también produce efectos semejantes; es causa de desórdenes y de turbulencias en las monarquías y en las Repúblicas. Artabán<sup>8</sup> asesinó a Jerjes, temiendo

1. Parrón, o más bien Pithón como le llama Diógenes Laerte. después del crimen se refugió en Atenas. Se le felicitó por su valor, y dijo: « No he sido más que instrumento de los dioses, que se sirvieron de mí para ejecutar al tirano. »

2. Es desconocido.

3. Aenos era una ciudad de Tracia, en la desembocadura del Hebro.

4. Tirano de Aenos.

5. Sería conocido en tiempo de Aristóteles, pero está olvidado.

6. No se sabe más de este individuo.

7. Se daba este nombre a todos los descendientes de Pentilus, hijo de Orestes, que formaron la oligarquía de Mitilene.

8. Artabán, Hircano, capitán de los guardias de Jerjes, asesinó a este príncipe y le imputó el crimen al hijo mayor del rey, a quien

verse acusado ante el rey de no haber hecho ahorcar a Darío, aunque había recibido la orden; pero Artabán procedió así, esperando que el rey sería bastante indulgente para revocar la orden, o que ni siquiera se acordase de ella por haberla dado en la embriaguez de un festín. Otras conjuraciones han sido motivadas por el menosprecio, como aquella que le costó la vida a Sardanápalo, a quien uno de sus oficiales había visto hilando entre sus mujeres, según cuentan algunos; y si el hecho no fuere cierto con relación a Sardanápalo, podría serlo con relación a otro. Dion<sup>1</sup> también conspiró por menosprecio contra Dionisio el Mozo, al ver que todos los ciudadanos lo despreciaban tanto como él por verlo en estado de embriaguez continua.

15. — El desprecio induce a conspirar hasta a los propios amigos del que es justamente despreciado, porque imaginan que la confianza de que gozan alejará toda sospecha. En cierto modo, conspiran por desprecio los que creen posible apoderarse de la autoridad, pues desdeñan el peligro por creerse bastante superiores para acometer la empresa. Se ha visto en los que mandan los ejércitos de los monarcas, por ejemplo Ciro<sup>2</sup>, que despreciaba por su flojedad al rey. Por los mismos o por otros motivos han conspirado muchos; por el desprecio y la codicia

hizo condenar. Artajerjes, hermano de este último, también iba a ser su víctima; pero descubierto el lazo que se le tendía, mató él mismo a Artabán 472 años a. de J. C.

1. Yerno de Dionisio el Viejo; fué desterrado por Dionisio el Mozo, pero volvió a Siracusa con los descontentos, se apoderó de la soberanía en 354 y murió asesinado por un Ateniense a quien había colmado de favores.

2. Véase Herodoto (Clio), cap. CXXX.

conspiró Mitrídates<sup>1</sup> contra Ariobarzanes<sup>2</sup>. Estas consideraciones impulsan principalmente a los hombres de carácter atrevido, que gozan de gran reputación militar a juicio de los monarcas. El valor que cuenta con grandes medios de acción conviértese muy fácilmente en audacia; y ambas cualidades, el valor y la osadía, engendran la idea de conspirar, puesto que el éxito les parece fácil.

16. — En cuanto a los que se meten a conspirar a impulsos de la ambición, no son las mismas causas las que los deciden; otras son las causas determinantes, no las que hemos apuntado. Si emprenden algo contra los tiranos, seguramente no es pensando en las riquezas y grandes honores que les pertenecen; los animados del amor a la gloria, no arrostran nunca peligros por los bienes materiales, sino por conquistar un nombre ilustre. Si atacan al tirano o al monarca, no es que aspiren a la monarquía, sino a la gloria.

17. — Pero son pocos los hombres que obedecen a un móvil semejante, pues casi todos piensan que, si fracasan en la empresa, han de necesitar los medios de vivir; no entra en almas vulgares el pensamiento de Dion, quien al sublevarse contra Dionisio decía que, aun fracasando, quedaría contento por haber tenido la gloria de sublevarse contra la tiranía.

18. — La tiranía, como cualquiera otra forma de gobierno, puede ser derribada por una causa exterior; esto ocurre cuando un Estado vecino está regido por un principio opuesto, si el Estado vecino es poderoso. La voluntad se junta a la oposición de

1. Véase Jenofonte, lib. VIII, cap. VIII.

2. Rey de Capadocia y del Ponto.

los principios, y cuando se puede se hace lo que se quiere. Los Estados que tienen por fundamento principios contrarios son enemigos, como la democracia lo es de la tiranía y recíprocamente; según la expresión de Hesiodo<sup>1</sup>, cada cual es enemigo del de su oficio; y ya sabemos que la extrema democracia es tiranía. La realeza y la aristocracia también tienen principios de gobierno opuestos entre sí; por eso los Lacedemonios<sup>2</sup> abolieron un gran número de tiranías, como lo hicieron también los Siracusanos<sup>3</sup> en la época en que tenían buen gobierno.

19. — La tiranía puede caer por sí propia cuando los que tienen parte en el poder se encuentran desunidos. Es lo que sucedió en otro tiempo con la tiranía de Gelonte y actualmente con la de Dionisio. Trasíbulo adulaba al hijo<sup>4</sup> de Gelonte, engolfándolo en una vida de placeres a fin de tener él solo toda la autoridad, mientras sus parientes conspiraban, no tanto para abolir el régimen de la tiranía como para arrancarla de las manos de Trasíbulo; pero los ciudadanos y el pueblo, creyendo oportuna la ocasión, formaron una conjura y derrocaron para siempre a los tiranos. En cuanto a Dion, que se apoyaba en el pueblo para combatir a su pariente Dio-

1. *Las Obras y los Días*, v. 25.

2. Ya hemos dicho que los Lacedemonios destruían las democracias.

3. Cuando expulsaron al tirano Trasíbulo, como lo refiere Diodoro de Sicilia (lib. XI, cap. LXVIII).

4. No se tiene más noticia que ésta de Aristóteles acerca del hijo de Gelonte, ni tampoco de la conspiración de los parientes de Trasíbulo.

nisio, después de conseguir su propósito de derribarlo, él también pereció<sup>1</sup>.

20. — De los dos motivos que más a menudo traen conspiraciones contra las tiranías, quiero decir el odio y el desprecio, hay uno que se fija en los tiranos : el odio. Sin embargo, muchos gobiernos tiránicos han caído por el desprecio. La prueba es que la mayor parte de los que se han arrogado el soberano poder han sabido conservarlo, y que todos los que lo han recibido por herencia lo han perdido pronto. Como que, sin hábitos de lucha y viviendo en las delicias, no pueden menos de hacerse despreciables y dan frecuentes ocasiones de conspirar contra ellos.

21. — Esto aparte, debe mirarse la ira como una parte del odio, pues produce hasta cierto punto acciones semejantes. Con frecuencia es más activa que el odio, pues se conspira con un ardor más constante cuando la pasión que impulsa no permite usar de la razón con entera libertad; el ultraje es lo que lleva a la ira. Tal fué, por ejemplo, el caso de la abolición de la tiranía de los Pisistrátidas y de otras varias tiranías. Sin embargo, el odio es más temible, por ser más persistente; la cólera llega, acompañada de un sentimiento de dolor que no permite reflexionar, mientras que el odio no está acompañado de un sentimiento agudo que quite el conocimiento. Para resumir : todas las causas que hemos señalado, por una parte a la oligarquía excesiva y extremada, por otra parte al último grado de democracia, deben aplicarse también a la tiranía, puesto

1. Dion fué asesinado por el Ateniense Calipo, de quien había do protector, el año 354 a. de J. C.

que la oligarquía y la democracia no son en ciertas manos sino variedades de la tiranía.

22. — La realeza está mucho menos expuesta a ser destruída por causas exteriores; así es más duradera, lo cual no impide que lleve en sí misma causas múltiples de alteración. Puede sucumbir de dos maneras: una, cuando están divididos los que comparten la autoridad real; otra, cuando gobiernan o intentan gobernar de una manera demasiado tiránica, extendiendo su poder hasta violar las leyes. Hoy apenas existe la realeza, y cuando alguna se constituye es más bien monarquía que tiranía, porque la realeza es un poder legal, consentido libremente y que goza de ciertas prerrogativas. Se comprende que así sea, porque en nuestros días tanto vale un hombre como otro, no teniendo ninguno superioridad bastante para atribuírse la grandeza de la dignidad real, de tal suerte que ya no se presta asentimiento a que un hombre se encumbre a la realeza; y cuando alguno lo intenta por la violencia o la astucia, no se le mira como un rey sino más bien como un usurpador, como un tirano.

23. — Cuando la realeza está fundada, no en el mérito, sino en el nacimiento, hay una causa más que provoque la caída y el desprecio que acompaña a la mayor parte de los reyes, así como el insolente abuso del poder a que se inclinan los que heredan la autoridad real, como si la realeza fuera tiranía. La ruina de semejante poder es cosa fácil, pues el rey deja de reinar cuando se quiera; no así el tirano, que se mantiene y gobierna contra la voluntad de todo el mundo.

Tales son las causas de perdición para las monarquías, sin que hablemos de otras que se les parecen.

## CAPÍTULO IX

1. — En general, los Estados monárquicos se conservan por medios contrarios, especiales de cada uno de ellos; la realeza, por ejemplo, por todo lo que tienda a hacerla más moderada. Cuanto menos sean extensas las atribuciones de un poder cualquiera, tanto más debe tener probabilidad de duración. Los reyes mismos se hacen tanto menos déspotas cuanto más se aproximan a la igualdad por sus costumbres y son menos envidiados. Esto explica la larga duración de la realeza entre los Molosos<sup>1</sup>. En Lacedemonia se mantuvo, porque desde el principio fué compartida entre dos reyes; y más tarde Teopompes moderó el poder real por medio de instituciones diversas, entre ellas el tribunal de los éforos<sup>2</sup>. Y es que, disminuyendo el poder real, se aumenta su duración, de suerte que en lugar de amenguarlo se engrandece. Cuentan que Teopompes, cuando su mujer le preguntó si no se avergonzaba de dejarle a su hijo una realeza menguada, con relación a la que él había recibido de su padre, le res-

1. Véase este libro VIII, cap. VIII, § 5.

2. La eforia, lejos de haber sido creada por Licurgo como algunos suponen equivocadamente, es del todo contraria al espíritu de su legislación. Esta magistratura fué establecida por el rey Teopompes, setenta años aproximadamente después de Licurgo. Aristóteles habla de ella en el lib. III, cap. vi, § 14.

pondió : « Es más firme y duradera la que le transmito<sup>1</sup>. »

2. — Las tiranías se mantienen por dos medios opuestos, uno de los cuales nos es conocido por la tradición y el otro porque lo emplean casi todos los tiranos. Se pretende que fué Periandro de Corinto quien encontró estos secretos políticos, o su mayor parte; pero también hallamos ejemplos numerosos en la monarquía de los Persas. Ya hemos dicho cuáles son los medios que emplea la tiranía para conservar su fuerza y su poder : rebajar o reprimir a los que tienen alguna superioridad, hacer morir a los que se distinguen por sus sentimientos generosos, no permitir las comidas en común, ni las asociaciones de amigos, ni la instrucción ni nada semejante, para evitar las costumbres que engendran la confianza. En una palabra, hacer todo lo posible para impedir que los ciudadanos se conozcan y se estimen los unos a los otros.

3. — Se obliga a los ciudadanos, además, a dejarse ver continuamente, a vivir con las puertas abiertas, por decirlo así, para saber lo que hace cada uno y acostumbrarlos a todos a la baja de sentimientos que ha de engendrar tan constante humillación. Estos medios y otros semejantes usados entre los Persas y otros Bárbaros, son los adecuados a la tiranía y pueden producir el mismo efecto. Es necesario saber lo que dicen los súbditos y lo que hacen;

1. Plutarco refiere el mismo hecho en la *Vida de Licurgo* (cap. VII). — En la *Vida de Alejandro Severo*, por Lampridio, se dice que aquel príncipe le dió a su madre una respuesta parecida.

2. Véase más arriba, en este mismo libro, lo que Aristóteles dice de Periandro (cap. VIII, §§ 4 y 10).

tener espías, como en Siracusa las mujeres llamadas « potagógidas »; o mandar escuchas a las reuniones, como hacía Hieronte<sup>1</sup>, porque se habla con menos libertad cuando se teme ser oído por gente sospechosa, pues se sabe que cuanto se diga llega a noticia del tirano.

4. — También se procura que los ciudadanos se calumnien mutuamente, que los amigos se enfaden unos con otros, que el pueblo se irrite contra los magnates y que los ricos no puedan entenderse y estén desavenidos. Otro recurso de la tiranía es empobrecer a los ciudadanos, obligándolos a vivir al día, para que la necesidad de trabajar para ganar el sustento no les deje tiempo para conspirar. Ejemplo de esto son las pirámides de Egipto, las ofrendas a los dioses, la construcción del templo de Júpiter Olímpico<sup>2</sup> y las grandes obras que hizo construir Policrates en Samos<sup>3</sup>. Todas estas construcciones tenían el mismo objeto : empobrecer a los trabajadores y tenerlos ocupados<sup>4</sup>.

5. — Las contribuciones son un medio más que emplea la tiranía para el propio objeto, como se vió reinando Dionisio en Siracusa, donde en cinco años fué a parar al tesoro toda la fortuna pública. También está dispuesto el monarca a emprender guerras, para que los vasallos no piensen en otras cosas y

1. Sucedió a su hermano Geronte, ya mencionado; reinó once años y fomentó las letras y las artes.

2. Pausanias y Vitrubio hablan del templo de Júpiter Olímpico; tenía 760 metros de contorno.

3. Policrates, rey de Samos, conquistador de las islas del mar Egeo, reinó tiránicamente de 535 a 524 a. J. C. Murió crucificado por un lugarteniente de Cambises, rey de Persia.

4. Lo mismo opina Herodoto (lib. II, cap. cxxiv).

reconozcan la necesidad que tienen de un caudillo militar. Si la realeza puede salvarse por la abnegación de sus adictos, la tiranía se mantiene por la desconfianza que le inspiran sus mismos defensores. Todos quieren la caída del tirano, pero ésta depende de sus amigos.

6. — Los vicios de la democracia reaparecen en la tiranía, pero en mayor escala : dominación de las mujeres en el hogar doméstico, para que ellas denuncien a sus maridos; licencia a los esclavos para que espíen y denuncien a sus amos. Las mujeres y los esclavos no conspiran contra los tiranos; con tal que los dejen vivir a su conveniencia, muéstranse benévulos con la tiranía. El pueblo, algunas veces, también quiere ser monarca<sup>1</sup>; por eso el adulador, tan estimado por el monarca, no lo es menos por el pueblo, que también los tiene. Los demagogos son bajos aduladores del pueblo. Gusta la tiranía de la lisonja; por eso quiere a los malos, puesto que quiere la adulación, vicio a que nunca se rebajan los hombres buenos y dignos. El hombre de corazón ama, pero no adula.

7. — Entra asimismo en el carácter del tirano el complacerse poco en el trato de los hombres que sienten amor a la libertad, pues la quiere para él solo; ni estima a los austeros, porque de ellos no espera adulaciones. El que muestra sentimientos de dignidad y libertad le quita al tirano su superioridad y su poder, y el tirano lo aborrece como a un rival que le despoja de todo su prestigio. También entra en los usos del tirano el admitir en su intimidad

1. Aristófanes : *Los Caballeros*, v. 1111.

y en sus festines antes a los extranjeros que a los ciudadanos, porque a éstos los considera enemigos y aquéllos no pretenden arrebatárle el poder. Estas maniobras y muchas otras del mismo género mantienen la tiranía; no falta en ellas ningún grado de perversidad.

8. — Pueden reducirse dichas maniobras a tres distintas especies, pues las cosas que la tiranía se propone son tres : la primera el envilecimiento de los súbditos, pues sabe que quien tenga un alma baja y pusilánime jamás conspirará; la segunda sembrar desconfianzas y celos entre los ciudadanos, pues la tiranía sólo podrá ser derribada por hombres animados de una confianza recíproca; y tal es la razón por la cual la tiranía combate a los hombres de bien que perjudican a su autoridad, no ya porque no quieran verse despóticamente gobernados, sino por ser incapaces de traicionar a los otros y a sí mismos; la tercera cosa que busca la tiranía es la imposibilidad de toda acción, pues nadie intenta lo imposible, y es claro que no emprenderá la abolición de la tiranía quien no puede hacerlo.

9. — Tres son los designios del tirano y tres los procedimientos de la tiranía : sembrar la desconfianza entre los ciudadanos, anularlos para toda acción y degradarlos pervirtiéndolos<sup>1</sup>. Esto es lo primero que se hace para salvar las tiranías.

10. — El otro medio es emplear procedimientos opuestos a los manifestados. Hay que tomarlo como

1. Schneider, Coraï y Goetling, suponen que esta repetición casi teral del párrafo precedente es una simple nota marginal, indebidamente intercalada en el texto. Pero puede ser que Aristóteles pensara que ciertas verdades merecen repetirse.

una corrupción de la realeza, pues el medio de destruir la realeza es hacerla más tiránica, así como el de conservar la tiranía es suavizarla, aunque, no sea más que en apariencia; pero conservándole todo su poder, consientan o no los ciudadanos, pues someterse a una ley es la renuncia de la tiranía. Este punto es esencial por ser la base de la existencia del tirano, quien debe hacer unas cosas aparentando otras, lo que será perfecta imitación del gobierno legal o constitucional.

11. — Primeramente, debe parecer interesarse en el bien público y no hacer donativos de esos que enojan a la multitud, porque es irritante para ésta que el fruto de sus labores y de sus privaciones se malverse en prodigalidades a los favoritos, a las cortesanas, a los artistas y a los extranjeros. Debe rendir cuenta de lo que recibe y lo que gasta; más de un tirano lo ha hecho. Gobernando así, parecerá más bien el administrador del pueblo que su tirano. El dinero no ha de faltarle nunca, puesto que es el dueño absoluto del Estado.

12. — Por otra parte, al tirano le es más ventajoso obrar así que acumular tesoros, porque en caso de ausencia por emprender un viaje al extranjero, habrá menos tentaciones de producir un cambio en el Estado. En efecto, cuando el tirano se aleja, son para él más temibles que los ciudadanos los depositarios del tesoro. Es preciso además que todos los impuestos sean motivados por necesidades evidentes, y que el tirano se considere tesorero de la riqueza pública, no dueño de ella.

13. — Debe tener en público un aire serio, sin severidad; que no infunda terror, sino respeto. A la

verdad, no es cosa fácil cuando se hace despreciable por su proceder. Aunque desdeñe las demás virtudes, debe aplicarse a lo menos a la ciencia del gobierno y a inspirar la idea de que es hábil<sup>1</sup>. Ha de abstenerse de ultrajar a sus súbditos de uno y otro sexo, no permitiendo que los ofenda nadie. Sus propias mujeres no deben distinguirse de las otras, pues las insolencias femeninas han sido la perdición de algunas tiranías.

14. — En cuanto a los placeres de la sensualidad, le importa hacer lo contrario de lo que algunos tiranos hacen hoy. Apenas sale el sol cuando se entregan a gozar de los sentidos, y muchos días consecutivamente; hasta parece que les place tener testigos que admiren y envidien su felicidad. Y precisamente deben hacer lo contrario, moderarse todo lo posible, o evitar a lo menos las miradas de los transeuntes. No se desprecia al hombre sobrio, sino al borracho; no se sorprende al que vela, sino al que duerme.

15. — El tirano, por propia conveniencia, debe hacer lo contrario de lo que se expresa en las viejas máximas citadas más arriba<sup>2</sup>; ante todo, embellecer la ciudad como si fuera administrador y no tirano. Mostrará de continuo que está penetrado de un gran respeto a los dioses<sup>3</sup>, pues los ciudadanos creerán un hombre justo al que practica los deberes religiosos. No sentirán la tentación de conspirar contra él cuando ven que tiene a los dioses de su parte; pero él debe ser piadoso sin superstición. Debe conceder honores a los que se distinguan en cualquier sentido,

1. Véase *El Príncipe* de Maquiavelo, cap. XVIII.

2. Véanse en este capítulo el § 3 y los siguientes.

3. Véase *El Príncipe*, cap. XVI.

hasta el punto de que crean no poder conseguir más hermosas recompensas de los ciudadanos si fueran éstos los que las otorgaran por ser independientes. El tirano mismo distribuirá las recompensas que otorgue, en tanto que los castigos serán impuestos por otros magistrados y por los tribunales.

16. — Es útil precaución para conservar una monarquía cualquiera, tiránica o templada, la de no ascender nunca a un ciudadano solo, sino a varios a la vez, pues se observarán los unos a los otros. En el caso de hacer poderoso a un ciudadano, si es inevitable, que no sea uno de esos hombres de carácter audaz y turbulento, pues un espíritu inquieto y lleno de osadía siempre está dispuesto a empresas arduas y puede intentarlo todo. Si hay que despojar a alguno de sus privilegios, conviene hacerlo por grados, no quitarle de un golpe todo el poder que tenga.

17. — El tirano debe abstenerse de toda especie de ultrajes<sup>1</sup>, de dos principalmente : los castigos corporales y las ofensas al pudor de la juventud, sobre todo respecto a los que tienen ambición y elevados sentimientos. Los hombres codiciosos, de lo que más se resienten es de los perjuicios materiales, de las mermas que tenga su fortuna; pero los hombres de honor y de sentimientos delicados, sienten más las heridas de la dignidad. Por consiguiente no deben ser castigados en la misma forma : a los ciudadanos de nobles sentimientos basta infligirles una corrección de apariencia paternal, sin sombra de menosprecio. En general, todo lo que tenga apa-

1. Montesquieu, lib. XII, cap. XVIII.

riencia de deshonor debe enmendarse con una satisfacción más grande que la ofensa.

18. — Entre los hombres que atentan contra la vida del tirano, los más temibles, y de los cuales es más necesario resguardarse bien, son precisamente los que no temen sacrificar su propia vida por acabar con la suya. Esto aconseja que se guarden consideraciones, tanto como sea posible, a todos los que crean haber sido insultados en sus personas o en la de un ser amado, porque es pródigo de su vida el que conspira por resentimiento, como lo expresa Heráclito<sup>1</sup> al decir que es difícil combatir la cólera, pues ésta no repara en sacrificar la vida.

19. — Como las ciudades se componen de dos clases, los pobres y los ricos, es necesario que las dos entiendan que el gobierno piensa en ellas, las protege, e impide que sean injustas la una con la otra. Cualquiera de ellas que sea la más atendida será adicta al gobierno, para que el tirano, según los casos, no se vea obligado a dar la libertad a los esclavos ni a desarmar al pueblo. Uno cualquiera de los dos partidos que preste apoyo al gobierno, basta para sostener la autoridad contra los que quieran destruirla.

20. — Es inútil entrar en todos estos detalles, cuyo objeto es evidente : que el tirano aparezca a los ojos de sus súbditos, no como un tirano, sino como un representante, un gerente, un rey, un administrador

1. Heráclito de Éfeso, filósofo de la escuela jónica, floreció hacia el año 500 a. J. C. Ocupó una alta magistratura en su país, pero al ser víctima de una injusticia abandonó la ciudad, se retiró a una montaña y se dejó morir de hambre. Decía que todas las cosas están en perpetuo movimiento, que todo llega y que nada subsiste. Reconocía la existencia de una razón universal que todos los hombres reciben por una especie de aspiración. Contaba al morir 60 años.

que no se ocupa en sus propios negocios, dedicándose exclusivamente al interés general, imponiendo la templanza en todo, sin exceso ni defecto. Debe admitir en su sociedad a los hombres de valía y tener por su popularidad el afecto de la multitud. La autoridad es más hermosa y más digna de envidia cuando se ejerce sobre los mejores y menos rebajados : excita menos el odio y el temor y dura más. En una palabra, le conviene al tirano tener virtudes y morigeración, o a lo menos ser algo virtuoso, esto es, no ser del todo malo sino malo a medias<sup>1</sup>.

21. — De todas suertes, la tiranía y la oligarquía son, de todos los gobiernos, los que tienen menos duración. La que ha durado más tiempo es la tiranía de Ortágoras y de sus hijos<sup>2</sup>, que subsistió cien años, y fué precisamente porque trataban a los súbditos con moderación y sometían a las leyes la mayor parte de las cosas. También duró la de Clístenes, porque se respetaba su pericia militar; se dice que Clístenes le regaló una corona al juez que le había negado el premio apetecido por una de sus victorias<sup>3</sup>. Como también se cuenta de Pisistrato que consintió

1. El retrato del tirano que hace Aristóteles en este párrafo, y más en el precedente, merece compararse al de Platón en su *República* al fin del libro octavo y principio del noveno. Véase *La República* de Platón.

2. Ortágoras, de la familia de los Alcmeónidas, usurpó la autoridad en Siciona hacia el año 675. La historia de estos tiranos es apenas conocida; los mencionan Herodoto y Plutarco, este último en la *Vida de Aratus* (cap. II y XIII); el primero en los lib. V y VI de su obra.

3. Clístenes, hijo de Megacles, abuelo de Pericles, fué uno de los más célebres descendientes de Ortágoras. En 510 se puso a la cabeza del partido demócrata, expulsó a Hípias, y fué a su vez deportado por intrigas de Iságoras, jefe del partido aristócrata que sostenía a Cleomenes, rey de Esparta. Reformó Clístenes las leyes de Solón, creó diez nuevas tribus y aumentó el número de senadores

en comparecer él mismo ante el areópago con motivo de una acusación formulada contra él.

22. — La tiranía de los Cipsélides, en Corinto, duró setenta y tres años y seis meses, pues Cipselo reinó treinta años, Periandro<sup>1</sup> más de cuarenta y Psamético, hijo de Gordio, tres años. El primero de los tres fué demagogo y no admitió nunca guardia para su persona; el segundo tenía los rasgos característicos del verdadero tirano, pero poseía talento militar.

23. — Mencionaremos la tiranía de los Pisistrátides en Atenas<sup>2</sup>, que no fué continua, porque Pisistrato se desterró dos veces durante su reinado, de manera que en el espacio de treinta y tres años no reinó más que diez y siete. Las otras tiranías fueron menos largas; la de Hieronte y Gelonte<sup>3</sup> en Siracusa no se prolongó más que diez y ocho años, pues Gelonte reinó siete y a su muerte continuó Hieronte, quien reinó diez años más. Trasíbulo fué derrocado al cabo de once meses<sup>4</sup>. En general, los tiranos duran poco tiempo. Tales son las causas que destruyen y las que conservan los gobiernos, sean republicanos o monárquicos.

1. Este Periandro, tirano de Corinto, es uno de los siete sabios de Grecia; reinó de 621 a 581 a. de la era cristiana. Murió en edad proveya, aborrecido por sus vejaciones, pero favoreció las letras y las bellas artes.

2. Ha sido citada anteriormente.

3. Gelonte fué uno de los bienhechores de la humanidad, pues al vencer a los Cartagineses invasores de Sicilia les impuso como condición de paz la abolición de los sacrificios humanos. La invasión cartaginesa le impidió acudir en auxilio de Grecia, atacada por Jerjes. Quiso abdicar y sus vasallos le hicieron desistir. — Hieronte, hermano de Geronte, guerreó contra los Etruscos; hizo florecer las letras y las artes, llamando a su corte a los poetas Baclides, Epicarmes, Simónides, Píndaro y Esquilo. Él mismo era poeta y fué más de una vez coronado en los certámenes de Grecia. Píndaro cantó las glorias de Hieronte, en sus *Olimpidas*.

4. Trasíbulo era hermano de Hieronte.

## CAPÍTULO X

1. — En *La República* de Platón, Sócrates habla también de las revoluciones; pero no habla bien de ellas, pues se refiere a su República, la que él considera que es la mejor de las formas de gobierno. Pretende que proceden todas las revoluciones de que nada puede existir eternamente, sino que todo cambia en un período dado, y que las revoluciones cuya raíz aumentada en tercio y quinto da dos armonías, no empiezan hasta que el número de esta figura ha sido elevado al cubo, por ser el momento en que la naturaleza produce seres viciosos y absolutamente incorregibles<sup>1</sup>. Quizá tenga razón, por ser posible que haya individuos incapaces de enmienda. Pero, ¿qué falta hacen las revoluciones en un Estado que Sócrates nos da como perfecto?

2. — ¡Cómo! Si las cosas cambian en un período fijo, ¿por qué han de cambiar las que empezaron a existir dentro del mismo período? ¿Por qué han de pasar todas por la revolución, mediando un intervalo de tiempo entre el principio de unas y el de otras? Un ser nacido la víspera del trastorno, ¿ha de verse envuelto en él como los demás? Por otra parte, pode-

1. La mayor parte de los comentaristas han hecho esfuerzos vanos por comprender este punto de la doctrina platónica. Schneider no ha podido establecer cosa alguna inteligible. Ni Polibio en su *Historia* ni Tácito en sus *Anales* aclaran la confusión, aunque aluden a esta doctrina de las revoluciones que Platón bebió en los estudios místicos de Pitágoras acerca de los números. « Lo que parece más probable, escribe Barthélemy Saint-Hilaire, es que multiplicaciones sucesivas deban producir el número 5.040, que tiene tanta importancia en la teoría política de Platón y que sin duda marca el período máximo de las revoluciones. »

mos preguntar la causa de que su República perfecta se convierta por la revolución en un gobierno espartano; así suele suceder : a menudo un gobierno cambia de forma para tomar otra enteramente contraria. El mismo razonamiento es aplicable a todas las demás revoluciones, pues Sócrates dice que un gobierno como el de Lacedemonia se transforma sucesivamente en oligarquía, luego en democracia, y acaba en tiranía. Sin embargo, también siguen las revoluciones el camino opuesto, cambiando, a la inversa, la democracia en oligarquía y aun en monarquía.

3. — El caso es que Sócrates no nos dice si la tiranía ha de pasar por alguna revolución; y si ha de pasar por ella, tampoco dice en qué forma de gobierno ha de trocarse ni por qué razón. Es que no le hubiera sido fácil, porque no hay regla fija. Según él, su República perfecta debe recobrar la primitiva forma; sería el único medio de realizar la revolución continua de que él habla. Entre tanto ocurre que la tiranía se cambia también en tiranía, como en Siciona, donde la autoridad tiránica de Myrón<sup>1</sup> pasó a las manos tiránicas de Clistenes. O se cambia en oligarquía, según se ha visto con la tiranía de Antileonte<sup>2</sup> en Calcis. O en democracia, como la de Gelonte<sup>3</sup> en Siracusa. O en aristocracia, cual la de Carilao en Lacedemonia<sup>4</sup> y como se vió en Cartago<sup>5</sup>.

1. Myrón, uno de los descendientes de Ortágoras. Véase el cap. ant., § 21.

2. Personaje desconocido.

3. Véase el cap. ant., § 23.

4. Carilao, rey de Esparta, era hijo de Eunomio y sobrino de Licurgo; vivió de 898 a 809 a. de J. C.

5. Esto, según observa Barthélemy Saint-Hilaire, está en contradicción con lo que Aristóteles ha dicho en otra parte.

4. — La oligarquía se cambia también en tiranía, como se vió en otro tiempo en la mayor parte de las Repúblicas oligárquicas de Sicilia. Cleandro en Gela, Anaxilao en Regio<sup>1</sup> y otros, fundaron sus tiranías sobre las ruinas de la oligarquía. Podríamos citar ejemplos numerosos. Es absurdo creer que la oligarquía nazca de la codicia mercantil o de la voracidad de los altos empleados públicos y no de la opinión de los hombres muy acaudalados, pues piensan éstos que no es justo, siendo ellos ricos, el poseer iguales, y no mayores derechos políticos que los que nada tienen. En algunos gobiernos oligárquicos está prohibido enriquecerse por el comercio; la ley no lo permite; pero Cartago, que es un Estado democrático, se enriqueció por el comercio sin que el Estado haya experimentado ninguna revolución.

5. — Es extraña también la pretensión de que la oligarquía tenga dos ciudades, la de los ricos y la de los pobres. ¿Será condición particular del gobierno de Esparta y de algún otro, en que los ciudadanos de fortunas desiguales no son iguales? Aun suponiendo que ningún ciudadano se haga más pobre que antes, no por eso dejará la oligarquía de trocarse en demagogia, si los pobres aumentan, y la demagogia en oligarquía, si la clase rica es más potente que el pueblo, según que los unos descuiden sus intereses y los otros no. De las numerosas causas que pueden traer revoluciones, Sócrates no señala más que una : que

1. Cleandro, tirano de Gela, vivió en tiempo de la guerra médica. Véase Herodoto, lib. VII, cap. CLIV. — Anaxilao o Anaxilas, tirano de Regio, contemporáneo de Cleandro y oriundo de Mesina. Véase Estrabón, lib. IV, pág. 253; Pausanias, libs. IV y V; Diodoro de Sicilia, lib. II.

los ciudadanos se empobrezcan por el desarreglo en sus costumbres y por la facilidad en acudir a préstamos usurarios, como si todos o la mayor parte no hubieran sido desde el principio pobres.

6. — Es un error. Cuando los ciudadanos distinguidos pierden su fortuna, tratan de cambiar el orden de cosas existente; pero cuando son los otros los que se arruinan, entonces no sucede nada grave: no se transforma el gobierno en democracia ni en ninguna otra forma de gobierno. Pero si no se les admite a participar de los honores, si están expuestos a insultos e injusticias, aun cuando no hayan perdido su riqueza<sup>1</sup>..., porque pueden hacer lo que se les antoje; tal es el estado de cosas que Sócrates estima exceso de libertad. Entre todas las diversas formas de oligarquía y de democracia, Sócrates habla de las revoluciones en cada una de ellas como si no hubiera más que una sola.

1. Aquí hay una laguna; las ideas no tienen ilación. Debe creerse que Aristóteles, después de haber desarrollado su pensamiento sobre las causas de las revoluciones que pueden ocurrir en los Estados oligárquicos, agregaría tal vez algunas reflexiones sobre los cambios posibles, pues a las democracias parece referirse en esta frase incompleta. Sin duda el libro no ha sido conservado totalmente, pues falta la refutación de la opinión de Sócrates a la que antes se hace referencia.

---